

Compasión Y Consolación: Bases De Una Iglesia Misional.

La cruz nos ha otorgado una vida que jamás hubiésemos podido vivir a través de forzados intentos personales. Somos el fruto de la Gracia de Dios. Abundante gracia nos atrajo, nos envolvió y nos bautizó en el hijo de Dios. Ahora estamos en él, vivimos en él, por él y para él. Cristo se volvió esa vida que vivimos, ese camino que transitamos y esa verdad que disfrutamos.

Él es Verdad en lo íntimo, que nos conduce cotidianamente a una vida verdadera. Una vida que satura de su presencia y naturaleza, haciendo que no solo nuestras palabras sean sazonadas y verdaderas, sino también que nuestras acciones correspondan a su deseo y beneplácito. Él, como verdad intrínseca en nosotros, nos habilita a vivir una vida que solo da placer al Padre. Su verdad nos hace verdaderos adoradores, personas exactas, precisas y certeras.

Además de ser nuestra vida y nuestra verdad, él es nuestro camino. Un camino que se transita de manera peculiar, ya que no es para nada similar a los demás caminos que podamos conocer y encontrar. Es un camino angosto, sencillo y fácil. Angosto porque no tiene distracciones y además es de un solo sentido; sencillo y fácil porque por Gracia nos conduce a un solo lugar, en donde alcanzar la meta no es una utopía, ya que tiene todo tipo de consolación para no extraviarnos ni detenernos. Es un camino de tránsito no pesado, eso significa, que no está permitido subir a este con cargas pesadas. Por este motivo, se recomienda dejar en el inicio del camino toda carga y lastre que impide la velocidad exacta que se requiere (podemos leer como referencia Mateo 11:28-30 y Hebreos 12:1).

Mateo 7: 13-14 RV60

13 Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; 14 porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

A fines del año 2018, me inscribí en un ultra maratón. Era una carrera de 63kms, en donde no podías tardar más de 8 horas de carrera, ya que quedabas fuera de competencia —non stop—. Recuerdo haber entrenado bastante a conciencia, no solo la parte física, sino también preparando mi estómago para que esté adaptado a comer durante la competición. Sin dudas fue una experiencia maravillosa el entrenamiento, ya que se requería de resistencia, fuerza, una exacta nutrición —antes de la carrera y durante la carrera— y por sobre todo una poderosa concentración, ya que se pasarían muchas horas arriba de las zapatillas, y había que tener “cabeza” para soportar todo tipo de aflicción —también se debe entrenar mucho el factor psicológico para este tipo de competición—. Estaba listo y preparado integralmente, todo estaba en su lugar y en orden. Luego de muchos meses de preparación, llega la fecha de competencia. El día previo a la carrera, llego al lugar, ya que es obligatoria la presencialidad a la charla técnica, en donde explican no solo las condiciones climáticas, sino también las condiciones y características de los diferentes terrenos a transitar —imáginese usted 63 kilómetros en donde el terreno cambia constantemente; campo atraviesa, caminos rurales angostos, anchos, zonas de piedras, lodo, sal, agua, cruce de arroyos, etc.—. Recuerdo haber apuntado bien todo los detalles y llevármelos en mis notas personales. Al finalizar de cenar —8pm ya que debía madrugar mucho y desayunar en un horario que jamás en mi vida había desayunado— me fui a la cama temprano, dado que la carrera comenzaría a las 4am. Allí estudié de memoria los tipos de terrenos con su respectivo kilómetro, para que no haya sorpresas en el camino y estar enteramente preparado para afrontar lo que vendría. El reloj suena a las 2 am y comienzo a prepararme. Una buena lavada de cara, dientes y

poco a poco con mucha serenidad comienzo a vestirme correctamente —soy muy detallista a la hora de cambiarme para estos tipos de carreras, porque algo mal ubicado en el cuerpo, termina lastimando la piel generando diversas ampollas, rozaduras, etc.— estando ya casi vestido, comienza mi desayuno super cargado de carbohidratos y azúcares, acompañado de una gran taza de café. Vicky me acompaña a la largada, y siendo las 4am, larga puntualmente la carrera. Los caminos eran fáciles, ya que eran caminos reales, señalizados y además iba acompañado de cientos de atletas. Las cosas se comenzaron a complicar a los sesenta minutos posterior a la largada, en donde poco a poco comenzaría a separarme de los demás atletas por causa de ir corriendo a diferentes ritmos. Aun no aclaraba y con mucho frío comenzaron los cruces de arroyos con agua muy fría, tratando de ver bien dónde colocaba mi pisada, ya que una mala pisada podía dejarme fuera de la carrera. El sol salió, la luz de mi led se apaga, y poco a poco el sol me hace recuperar la temperatura que el agua me había quitado en las horas previas. Es aquí que el camino comenzó a hacerse cada vez mas ancho. Los caminos rurales desaparecieron para convertirse en el mismísimo campo, en donde a derecha y a izquierda solo se veía el horizonte. Todo era pastizal, y recuerdo que era tan largo que lograba alcanzarme a la cintura. Ahora era solo confiar que el pie caiga en lugar firme y seguro, ya que no sabía en dónde pisaba. Tuvimos que atravesar no solo kilómetros pesados de pastizales, sino también de lodo, piedras y salinas. Las señales se perdían en medio de una geografía tan ancha y espaciosa. Recuerdo que al finalizar la competencia, se andaban buscando a algunos atletas perdidos, ya que no podías darte el lujo de distraerte, y aún así, era probable que también te pierdas. Nunca olvidaré esos caminos en donde la anchura era el horizonte que mis ojos podían ver, ni hablar en el momento que atravesamos las salinas, en donde me perdí, porque no lograba ubicarme, por lo tanto no sabía hacia donde correr; por momentos daba la sensación de correr sin sentido, sencillamente porque había perdido el sentido de la dirección, hasta que una 4x4 de la organización me alcanza y nos re-dirige en la carrera. La salvación llegó al encontrarnos en el kilómetro 50 con abastecimiento de agua y comida, en donde solo faltaban escasos 13 kilómetros para alcanzar la meta y esa coronación tan esperada. Ahora el camino te llevaba hasta la meta, un camino angosto, con las señales tan cerca que las podías tocar, en donde la velocidad aumenta por causa de la seguridad de la dirección y también la seguridad en donde colocas el pie: tierra firme y segura.

¿Que quiero decirte? Que los caminos anchos fueron creados para la perdición, en donde es muy fácil perder el rumbo, porque la distracción es moneda corriente. En un camino ancho, las señales brillan por su ausencia, o en su defecto, puedes encontrar alguna señal, que en vez de guiarte, a veces termina sentenciando dicha perdición. En un camino ancho jamás puedes concentrarte y enfocarte, porque no existe el foco, sino por el contrario, te diriges hacia el lugar que dicta tu corazón. El camino ancho exalta la subjetividad, haciendo que cada uno tome la decisión que mejor le parezca.

Todo lo contrario sucede en un camino angosto. El camino angosto tiene dirección, sentido y propósito. En un camino angosto las señales te persiguen, las disfrutas y te advierten de lo que vendrá. Las señales anuncian el fin desde el principio. Este es el fluir profético de la Iglesia, en donde todo el tiempo podemos recordar cual es el fin y hacia dónde nos dirigimos. En el camino angosto la meta es clara y el enfoque es difícil perderlo. No se porque, pero uno se enfoca mas en un camino angosto que en un camino ancho. Sencillamente porque el camino angosto fue creado para una vida concentrada y enfocada, como así también una vida objetiva, en donde no tienes opción de dirección.

Cuando hablamos de enfocarnos en lo eterno, hablamos de detenernos para ver que camino hemos escogido. El camino angosto define nuestra responsabilidad. El grado de nuestra responsabilidad con el Evangelio define el camino que hemos elegido para transitar.

Saber hacia dónde vamos, es lo que nos hace personas exactas y certeras y a su vez esto conlleva responsabilidades puntuales, ya que se sabe muy bien lo que se debe hacer. No podemos pasarnos toda la vida preguntándonos “¿que debo hacer?” —necesitamos huir de toda corriente de inmadurez que nos lleva a estar prisioneros de preguntas sin sentidos— No es lo mismo preguntarnos “¿cómo lo haremos?” que estar preguntándonos “¿qué debemos hacer?”. El no saber lo que debemos hacer y hacia dónde dirigirnos, nos vuelve imprecisos en la gestión.

Una vida que asume responsabilidad, es el fruto de alguien que no esta distraído, sino por el contrario, la responsabilidad destaca a las personas concentradas, enfocadas y que saben lo que deben realizar. Todo lo contrario sucede con los irresponsables. Un irresponsable, es una persona que no tiene en claro la función a desarrollar. De esto hablaremos a continuación.

Al hablar de la falta de responsabilidad, el cause de esta corriente, sin dudas, nos llevará a una vida en donde no hay lugar para la compasión. Usted pensara *¿qué tiene que ver la responsabilidad con la compasión?* Tiene absolutamente todo que ver.

Podía observar a un medico de mucha trayectoria y experiencia, contar sus inicios en el campo de la medicina. Él confiesa que le había costado sentir compasión por los pacientes, ya que nunca se sentía responsable de lo que a estos les podría suceder. Este doctor termina reconociendo que en poco tiempo perdió el altruismo que tenía cuando era estudiante, por causa de no sentirse responsable en su tarea.

Cuando nos volvemos insensibles, poco a poco, nos vamos convirtiendo en personas miserables, tacañas y egocéntricas; en otras palabras: perdemos el espíritu generoso.

La generosidad es la expresión de la verdadera piedad. Siempre que hablamos de piedad, hablamos del evangelio mismo en acción. Esta es la razón por la cual Pablo, al escribirle a Timoteo, le advierte sobre la apariencia de piedad.

2 Timoteo 3:1-5 RV60

1 También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. 2 Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, 3 sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, 4 traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, 5 que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.

Los tiempos peligrosos están determinados por el comportamiento del hombre. La apariencia de piedad, es el maquillaje de la religión. Las personas se vuelven cosmeticamente “útiles al propósito eterno”, peros sus vidas son incapaces de producir eficacia en el avance y progreso del evangelio. Las características mencionadas por el apóstol Pablo son claras y no dejan dudas. Entre las muchas cualidades que presenta esta generación cosmética, resumidamente podemos decir que huele a egolatría. Los ególatras son aquellos que, extraviando la generosidad, se vuelven adoradores de si mismos.

La falta de concentración, la elección de transitar caminos con apariencia de piedad, nos conducen a una vida de irresponsabilidad absoluta frente al propósito eterno. A esta generación jamás le podrás pedir que tenga compasión.

La concentración en el propósito eterno, se evidencia en la compasión, y es la compasión la que define nuestro grado de responsabilidad frente al Evangelio.

La falta de dirección y claridad en el destino, deja huellas de irresponsabilidad. Y es la irresponsabilidad la que nos conduce a la egolatría, en donde solo nosotros importamos y solo nuestros propósitos son adorados y venerados.

Entonces ¿podrás pedirle a esta generación compasión? Claro que no. Y aunque se la pidas, lo único que cosecharás es maquillaje de compasión, conociéndose este maquillaje como: lástima.

Migrando de la lástima a la compasión...

Son muchas las veces que hemos llegado a confundir en nuestro lenguaje el sentimiento de lástima y compasión, creyendo que sus significados señalan e indican lo mismo.

El término compasión viene del latín “*cumpassio*”, que significa sentir juntos. A su vez este vocablo proviene de la palabra griega “*sympátheia*”, que literalmente significa “*sufrir juntos*” dando la idea de no solo sufrir conjuntamente, sino de volvernos la ayuda que el prójimo necesita para paliar el sufrimiento mediante el consuelo.

Tener compasión es mucho mas profundo que tener empatía, porque la compasión nos conduce a discernir y comprender el sufrimiento del otro, para que de esta manera seamos un real consuelo.

El mundo sufre por la ausencia de luz, una luz que permite que el Hijo de Dios sea revelado y posteriormente aceptado con Señor. No pretendamos que el mundo acepte el señorío de Cristo, cuando aun estamos sumergidos en nosotros mismos, sin querer saber lo que los demás atraviesan. A veces pensamos que las personas que sufren deben correr al Señor y conocerle para ser salvos, pero ¿cómo correrán a quien no pueden ver? ¿A caso el atleta puedo correr a la meta, desconociendo cual es su destino? Nuestra labor consiste en consolar, es decir, en presentar y representar la Verdad en medio del dolor, de la adversidad y el sufrimiento.

Amada Iglesia, nuestros escenarios, serán siempre escenarios oscuros. Dios nos coloca en panoramas tenebrosos y ambientes hostiles para fluir en compasión ministrando consolación por medio de la verdad que portamos en lo íntimo. Es en estos casos, que las palabras verdaderas nunca serían suficientes, porque lo que cambiará la realidad en las personas es la verdad que fluye desde nuestro interior. Creo que necesitamos experimentar día tras día el incremento de la verdad en nosotros, para que por medio de la compasión, el mundo sea consolado.

Ahora bien, por el otro lado —y muy por el otro lado— tenemos el ámbito de la religión, en donde te maquillas con compasión, y como he mencionado anteriormente, este maquillaje se conoce como lástima.

La lastima siempre se quedará en una vana y pasajera apreciación de la realidad. La lastima te lleva a ser un experto en analítica del dolor ajeno y de los problemas del mundo, pero nunca te llevará a

que te arremangues la camiseta y coloques las manos en el problema. La lástima es solo un estado de observación, en cambio, la compasión te conduce a un estado de gestión.

La lástima surge desde el momento que vemos el dolor ajeno y nos cubrimos de miedo porque desconocemos lo que podemos hacer y aquello que podemos dar, por tal motivo, te deja en posición de contemplación pasiva. Nunca desde la lástima se podrá promover un cambio profundo de la situación que observamos. Y esta observación siempre es a distancia —yo en mi realidad y el otro en la suya—.

Amados hermanos, la lástima nunca nos llevará a comprometernos con nada, evadiendo así toda responsabilidad; por el contrario, solo nos conducirá a momentos de dolor fugaz, pero nos dejará con los pies inmóviles.

Sin embargo, la compasión es la acción del amor verdadero, que no solo nos permite ver la realidad, sino que nos vuelve activos y responsables frente a la realidad que observamos. Nunca la compasión nos dejará en una actitud pasiva, sino por el contrario, nos convierte en gestores de consuelo.

La compasión es el canal por donde fluye el verdadero consuelo, y es el consuelo lo que conecta al mundo con la cruz de Cristo. Toda consolación tiene el fin de conducir a esta generación a la cruz, para cambiar eternamente la realidad paupérrima que vive el hombre.

La lástima propone y solo produce buenos deseos, en cambio la compasión produce reconciliación por medio de la cruz de Cristo. No pretendamos ver la realidad de Dios en las personas y en las naciones, cuando aun estamos cómodos en nuestras bancas de comodidad, siendo simples contempladores y analistas del dolor del mundo. Necesitamos madurar en la mentalidad del ENVIADO.

Una iglesia apostólica, es una iglesia que obra desde la compasión para consolar mediante la verdad al mundo entero. Una Iglesia misional, es una iglesia que aprende a vivir con dolor en las entrañas, sabiendo que lo único que curará ese dolor es el IR.

Hay algunos episodios en donde los apóstoles describen la compasión que Jesús tenía por las multitudes. Él no solo veía la realidad, sino que actuaba —iba hacia ellos—.

Mateo 9:36 RV60

Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.

Mateo 14:14 RV60

Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos.

Mateo 15:32 RV60

Y Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino.

Dios esta despertando en la Iglesia la conciencia de IR. Él fue muy claro al decir: *“vayan por todo el mundo...”*. Sin embargo, el primer llamado es salir de nosotros mismos. Muchas veces hemos oído la frase: *“hay que salir de las cuatro paredes...”* y es verdad, sin embargo, muchos de los que quieren salir de las cuatro paredes, aun no han salido de ellos mismos, porque aun así, todavía viven una vida en donde siguen y persiguen sus propios instintos, deseos y propósitos.

El primer llamado es salir de nuestra propia voluntad. Esto es salir del pecado.

Muchas veces creemos que pecado tiene que ver con robar, fornicar, mentir, adulterar, etc., sin embargo estos son frutos del pecado, es decir: pecados. Pero el pecado —raíz que produce pecados— es el hacer nuestra propia voluntad y no hacer la voluntad de Dios. Cuando observamos a Adán y Eva en el principio, ellos no cometieron ningún tipo de acto escandaloso (según nuestra antigua y religiosa perspectiva de pecado), solo decidieron obedecer otra voz que no era la voz de Dios —y digo “solo” no con la intención de rebajar la desobediencia, sino para darle énfasis—.

Todo pecado tiene como raíz una voz ajena a la voz de Dios. Nuestro llamado es oír a Dios y obedecerle. Puedo asegurarles que los primero que oiremos de él, son palabras que nos ayudaran a salir de nosotros mismos, antes de salir de las *“famosas”* cuatro paredes —auditorio en el cual congregamos—.

Quiero que a continuación podamos recordar un episodio peculiar de la vida de Jesús. Aquí encontraremos la palabra compasión, sin embargo, la palabra que traduce compasión aquí, es diferente a la que es utilizada en textos mencionados anteriormente.

Mateo 16: 21-23 RV60

21 Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. 22 Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. 23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropezado, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

Jesús les estaba comunicando a sus discípulos el tipo de sufrimiento que él mismo debería atravesar hasta la muerte, para luego resucitar al tercer día. Pese a las palabras de Jesús, a Pedro no le parecía correcto que su maestro sufriera hasta la muerte —teniendo este en cuenta, todo lo que ellos le necesitaban según sus apreciaciones—. Las palabras de Pedro fueron con las mejores intenciones, no obstante, las buenas intenciones muchas veces serán utilizadas por satanás para pervetir una misión divina. Es aquí que Pedro dice: *“... ten compasión de ti...”*

La palabra que aquí leemos como *“compasión”*, es la palabra griega *“íleos”* que significa: *favorecerse a uno mismo, ser atraído por uno mismo, ser bueno con uno mismo. Es decir, es un favor y una bondad que muere en uno mismo.*

Claramente es un dar hacia adentro. Esta es la razón por la cual Jesús le llama satanás a Pedro, porque siempre las tinieblas querrán que te atiendas bien a ti mismo, y que nada te falte... por sobre todas las cosas que no te falte amor propio. ¿Quien necesita amor propio? Quien no se siente amado por los demás. Y fue esto exactamente lo que la cruz nos otorgó: la reconciliación con Aquel Quien Es El Amor. En él nos sentimos amados y cuidados cuando desarrollamos el

propósito para el cual fuimos creados. Lo que nos cuida y protege del mal, es el obedecer sus palabras y vivir en Su voluntad. Ten cuidado de hacer algo en nombre de un cuidado personal. Si administramos correctamente nuestra vida —obedeciendo a Dios en todo— no faltará cuidado y protección aunque tengamos que sufrir hasta la muerte. En su propósito estamos cuidados y en su voz estamos protegidos.

Satanás procurará que pases tu vida entera cuidando bien de ti, protegiendo tus intereses, siendo así una gran evasor de sufrimientos. Es aquí que estamos en una encrucijada, donde dos caminos se nos presentan: el ancho y el angosto. El camino que conduce a la consumación del propósito eterno o el camino que me da anchura y opciones de vida, bajo la oferta de una falsa libertad.

La verdadera libertad es conocida como un camino angosto, en donde no hay opciones para virajes alternativos, ni vías secundarias, en donde tomando un camino diferente, se pueda llegar al mismo destino que ofrece el camino principal.

Toda vida bautizada en el hijo de Dios, se expresará en compasión, consolación y responsabilidad. Asumir nuestra responsabilidad es el fruto de saber con exactitud lo que debemos hacer. A medida que avanzamos en la vida, nos damos cuenta que las dificultades y los problemas que no podemos resolver, son lisa y llanamente la consecuencia de la falta de claridad en nuestra asignación. Sin embargo, nos damos cuenta también, que no se trata solo de saber lo que debemos hacer, sino que las dificultades de hoy en día tiene que ver con la toma de decisiones.

El problema no siempre es el problema. El problema es sufrir por una mala decisión. Para Pedro la muerte de Jesús era un problema, pero ese problema no era un problema para Jesús. Su decisión estaba tomada, él había venido para hacer la voluntad del Padre.

Si sabemos a que hemos venido y para que hemos nacido, tomar decisiones correctas, será el viento que nos empuje hacia la consumación del plan eterno.

Las decisiones correctas se toman desde la base de nuestra identidad integral; es decir, sabiendo aquello que Dios nos confió, de quien venimos y a quien vamos.

S. Juan 13:3-4 RV60

3 Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, 4 se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.

Resaltaremos tres puntos importantes:

- *Saber lo que tenemos en nuestras manos.*
- *Saber de quien salimos.*
- *Saber hacia dónde vamos.*

Levantarse de la cena implicaba un tipo de incomodidad —sobre todo porque al momento de cenar, uno procura disfrutar la comida— sin embargo, la comodidad puede quebrarse cuando estas tres cosas encuentran absoluta claridad en nuestro interior.

¿Porque nos cuesta romper con la comodidad? Por la sencilla razón de desconocer nuestro origen y destino, como así también los recursos provistos para el desarrollo de nuestra asignación.

Para darle un cierre a lo expuesto, podemos repasar algunos personajes y añadir que:

Para Naaman, lo difícil nunca fue la lepra, sino que lo difícil radicaba en aquella decisión que él debía tomar frente a la voz de Dios.

Para Israel, lo difícil nunca fue el desierto, sino un corazón duro e impermeable a la voz de Dios.

Para Daniel y sus amigos, lo difícil no era Babilonia, sino las decisiones que tomarían frente a las diversas y exquisitas propuestas que tenían cotidianamente.

Para el joven rico el problema jamás fueron las riquezas, sino las decisiones a tomar frente a ellas.

Para la reina Ester lo difícil no fue convivir en un reino hostil, sino las decisiones que cotidianamente debería tomar para cumplir con el propósito.

Nuestras decisiones cotidianas dejan expuesto el camino que hemos tomado. Andar en la verdad, es vivir concentrados en el propósito eterno, con una completa revelación de lo que debemos hacer y del destino a alcanzar. No ignoramos los momentos difíciles que tendremos que atravesar, en donde se requerirán toma de decisiones bautizadas en sabiduría y comprensión espiritual.

En nada y de nada nos sentimos culpables. No obstante, asumimos la responsabilidad que tenemos como Iglesia frente al mundo. Somos una Iglesia apostólica, es decir, con una conciencia misional, que aprendió a salir protocolarmente de los asuntos personales e individuales, para colaborar fielmente con el propósito eterno desde la compasión.

1 Pedro 3:8 (Biblia Peshita)

Finalmente, estén todos en armonía. Sufran con los que sufren, ámense unos a otros, y sean compasivos y mansos.